

baré de referir una multitud de sucesos aun mas raros que los que habéis oido.

Los muchachos agradecieron á Mr. de Lonchamps su complacencia, porque hubieran sentido en extremo no saber lo que le habia sucedido despues de su viaje á Chârtres.

## TARDE XXIII

### LA DOCILIDAD

Cuál jóven mimbre flexible  
Debes en tu tierna edad  
Sujetar tu voluntad  
Á la ajena; si es punible  
La resistencia, atendible  
Te hará tu docilidad;  
Que en premio de la humildad,  
El Ser que á todos gobierna,  
Promete corona eterna  
De inmensa felicidad.

Reunidos todos el dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relacion interrumpida la tarde anterior, y prosiguió de este modo :

#### Continuacion de la historia del Hombre invisible.

El extraordinario papel que me habian dejado sobre la mesa, me causó la mayor admiracion. Estaba á mas de veinte leguas de Paris, habia entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito me venia siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mí, pues me habia oido hablar en alta voz dentro de mi cuarto : él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿ Dónde podia esconderse ? Sali de mi estancia, y bajé á pre-

guntar á mis huéspedes si habia muchos caminantes en la posada, y me respondieron que solo estaban mis compañeros de coche: á todos los habia visto, y en ninguno me pareció haber hallado las señas de mi invisible, segun la idea que me habia formado de él: durante el viaje ninguno me habia hablado, y esto me parecia imposible si se hubiese hallado conmigo dentro del coche. Pregunté si durante el dia habian entrado algunos forasteros en la posada, y me contestaron que á cada paso entraban y salian gentes; pero que de nadie me podian dar razon individual.

Estas respuestas no pudieron satisfacer mi curiosidad. Vuelvo á mi cuarto y escribo estas breves palabras:

« Dejaos conocer, hombre asombroso, á quien no sé si debo amar ó aborrecer, y contad en todo caso con mi discrecion. »

Pongo este papel sobre la mesa en el mismo sitio en que habia hallado el otro, y dejando sin cerrar la puerta, bajé, no con intencion de ocultarme y aeechar, sino para hacer tiempo y ver si venian á buscar la respuesta del billete anónimo. Pasada mas de una hora, volví á subir á mi cuarto, y creció mi sorpresa viendo que en vez de mi papel habia otro que decia así:

« Eres demasiado curioso: tiempo llegará en que conozcas á quien debes compadecer y amar; el cual, por ahora, solo exige de ti una sumision que produzca tu felicidad. »

No hay remedio, dije entónces; es preciso que me contente con este comercio epistolar. Sí, cualquiera que seas, hombre, espíritu, genio maléfico ó benéfico, yo seguiré ciegamente tus órdenes: ya veo que pareces sombra mia, pues no doy paso que de algun modo no sea determinando por ti mismo. Guíame, dirígeme; y si es para mi bien, como lo aseguras, me verás algun dia agradecer tus bondades, no obstante la mortal inquietud que agita mi corazon considerando que tus beneficios vienen acompañados de un misterio que me mata y me hacen recordar á mi desdichado padre.

Despues de estas exclamaciones, que expresamente pronuncié en voz alta, bajé á la sala comun donde todos los viajeros comian, como se dice, á mesa redonda. Pregunté si alguno de ellos habia comido en cuarto separado, y me respondieron que solamente tres lo habian hecho; pero uno era un fraile, y los otros dos eran una anciana y una sobrina suya. Los que tenia á mi vista eran militares, negociantes, mujeres, y todas gentes conocidas; aunque seguramente no estaba entre ellas mi incógnito: ¿pues dónde estaria?

Me acosté temprano, mas no pude dormir. Mil tristes pensamientos afligian mi espíritu, cuando me pareció que oia ruido en mi propio cuarto, y aun cerca de mí. Pocas cosas me asustan; pero os confieso que aquella especie de magia de que me veia rodeado me espantó tanto, que casi se suspendió la circulacion de mi sangre. ¿Quién es? pregunté: no me respondieron y cesó el ruido. Creí que mi miedo solo era efecto de lo exaltada que se hallaba mi imaginacion, y procuré dormir. Al cabo de una hora volví á sentir el ruido; pregunté: ¿Quién anda ahí? y tampoco me contestaron. Atribuí la causa de mi terror á la fuerza del viento que agitaba las ventanas de la estancia, y sin embargo resolví levantarme con el mayor silencio; tomé mis armas, y registré los rincones del cuarto, que era demasiado reducido para que alguno pudiera esconderse. Fuí, pues, tentando por todas partes, y no hallando nada, no pude ménos de reirme de mi debilidad; me volví á la cama, y cogí un sueño tan profundo que cuando desperté ya habia partido el coche de Vendome. Me consolé creyendo que encontraria otros medios para ir á Tours, donde queria visitar á uno de mis amigos, y fuí á encerrar mis efectos en la maleta; pero con el mayor asombro la hallé sobrecargada de un monton de paquetes: los desenvuelvo, y veo ropa blanca nueva, vestidos ricos, alhajas, y en fin, unos regalos magníficos. Sobre uno de los paquetes estaba escrita esta cláusula: *premio de la sumision*. No dudé que todo me lo enviaba mi incógnito. Estaba segurísimo de que por la tarde no se hallaban allí aquellos paquetes; conque era claro que los habian introducido aquella noche; pero ¿quién y como?

Dejo á vuestra consideracion las reflexiones que yo haria en semejante caso, pues conozco que participáis de la sorpresa que experimenté entónces. En efecto, amigos míos, estos sucesos son tan raros que sobrepujan á los que leemos en muchas novelas; pero creed, hijos míos, que nada hay de fabuloso.

Ya me habia propuesto un sistema de docilidad, que pensaba seguir con la mayor exactitud, aunque me sucediese cualquier mal; y era forzoso hacerlo así, porque de lo contrario me exponia á perder el juicio. Recogí todo cuanto se me regalaba con tanta liberalidad, y no traté de hacer nuevos esfuerzos para conocer quién me prodigaba tantos beneficios, dejándome al propio tiempo libertad para hacer lo que me pareciera. La misma tarde emprendí mi viaje á Tours, diciendo para mí: veremos si me sigue á todas partes. Al dia siguiente, á cosa de las cuatro, llegué

á esta ciudad, en que al instante me dieron noticia de la casa de mi amigo. Era este uno de mis antiguos compañeros en extravíos, que desengañado de los placeres frívolos, vivia retirado en el seno de su familia. Me recibió muy bien, me presentó á su madre y á su hermana, jóven muy bella; y me suplicó que me hospedara en su casa. No dudé en admitir el ofrecimiento, y no me pesó. Preguntóme qué motivos me conducian á aquel país, y no me pareció conveniente participarle lo que me habia ocurrido despues de la muerte de mi padre. La singularidad de la condueta de mi incógnito, el secreto con que se ocultaba, el reconocimiento que le debia, á pesar de lo mucho que me inquietaba, todo me obligaba al silencio; lo guardé, pues, y solo contesté á mi amigo que viajaba por distraerme y para instruirme. Aprobó mi idea, y se empeñó en hacerme ver cuantas curiosidades habia en aquella ciudad: este es estilo de las gentes de provincia: todos alaban su país como el mejor y mas agradable, y no perdonan la mas leve circunstancia que pueda confirmar su concepto: ¿es esto ridiculidad? no por cierto: es un efecto del amor patrio; pues se ven muy pocas gentes que no tengan particular inclinacion á los países en que han nacido y pasado los mas floridos años de su vida. El jóven desde luego ama la casa de su padre: despues su calle, luego su pueblo, su provincia, y por fin el estado entero, cuyas leyes sigue, y en cuya felicidad se interesa: así es como del afecto que profesamos á una cabaña, se deriva el que sentimos respecto de la nacion y dominios en que nacemos; pero volvamos á mi asunto.

Hacia mas de un mes que vivia en casa de mi amigo: pensaba muchas veces en mi hombre invisible, y aunque alegre interiormente porque me dejaba en paz, estaba algo picado de que no se acordase de mí. Creí que ya me habia abandonado, cuando un dia me entregaron una carta que luego reconocí ser suya: en ella me decia lo siguiente:

« Ya es tiempo de que salgas de esta ciudad: en Burdeos se » cambiará tu situacion: parte cuanto ántes á este pueblo. »

Resolví obedecerle, empeñado en ver el fin de tan maravillosos accidentes, y decidido á manifestarle una absoluta docilidad, para que si algun dia me resultase cualquier perjuicio, no pudiera atribuirse á falta mia. Quise despedirme de mi amigo, pero no consintió en mi ausencia: exigió que me detuviese ocho dias mas, y me pareció que no debia negarle esta satisfaccion. Pasámos pues estos ocho dias en várias diversiones; no creyendo yo que

mi condescendencia pudiese excitar la cólera de mi Mentor. La víspera del dia en que debia ponerme en camino, nos entretuvimos mi amigo y yo pescando en un estanque que tenia á una legua de Tours. Volvimos á casa, y á la puerta encontramos á las señoras: la madre me dijo: Mr. de Lonchamps, ¿habéis visto á un anciano que os buscaba? — No, señora: ni yo conozco á nadie en esta ciudad. — ¿Cómo puede ser? él ha dicho que es vuestro mas íntimo amigo, y que os ha visto nacer. — ¿Un anciano que me ha visto nacer? — Ciertamente: aquí os ha estado esperando mas de tres horas; pero cansado de tanto esperar, se ha ido hace muy pocos instantes. — ¿Qué me decís? — Siento que no le hayáis hallado, porque, segun decia, tenia que comunicaros cosas muy importantes: sin duda que os ama infinito: hemos hablado largo rato, y he sabido que vuestra madre ha experimentado muchas desgracias. — Sí, señora; pero ¿no ha dicho dónde vive, ó dónde podré hallarle? — No: al instante sale para Burdeos: ha dicho que allá os reuniríais, y que los dos seríais muy felices: siento infinito que hayáis tardado tanto, pues el hombre está impaciente por veros: su presencia es grave, y se conoce que algun pesar oculto le atormenta. — ¿Y no ha dicho cómo se llama? — Me parece que no... al ménos... no, no lo ha dicho, ni se lo he preguntado.

Yo estaba desesperado: maldecia mil veces la diversion que me habia impedido conocer á este hombre, que sin duda se presentaba con intencion de descubrirse, pues me habia esperado tanto tiempo y con tanta impaciencia: ¿podia ser mayor mi desgracia? En fin, dije para mí, pues va á Burdeos, allí le veré, donde sin duda procurará buscarme. Pero si desea terminar mis inquietudes, ¿por qué no dice dónde nos reuniremos? Á todas partes me sigue; ¿por qué no viaja conmigo? sin duda quiere experimentar hasta dónde llega mi sufrimiento: este hombre se complace en atormentarme: finge que me espera, y se va justamente al tiempo en que presume que he de volver: se divierte desesperándome; pero ¿qué provecho saca? ¿pueden tener sus acciones algun objeto racional? hé aquí lo que no alcanzo.

Ántes de dejar á mis amigos, les participé la causa de mi turbacion, refiriéndoles la extraña conducta del anciano que se presentó en su casa: quedaron atónitos; y despues de haber hablado largo rato sobre el asunto, concluyeron con que yo debia obedecer ciegamente á aquel hombre raro, de quien, al parecer, estaba pendiente mi destino, y no queria descubrirme sus ideas.

Mucho les interesó mi relacion, y se quejaron de que no les hubiese confiado ántes mi situacion; pues si la madre se hubiera hallado instruida, podria haber hecho mil preguntas al incógnito, y precisarle en cierto modo á explicarse; mas ya era tarde; así lo conocí, y me propuse para en adelante instruir de mis sucesos á todas las personas en cuyas casas me alojase, á fin de penetrar tan singular misterio.

Á la mañana siguiente salí para Burdeos, donde esperaba el fin de mis incertidumbres. Mi viaje fué agradable hasta que me vi entre Niort y San Juan de Angely, donde me sucedió un lance de los mas particulares.

Se habian mudado caballos en la posta de Beauvoix; pero los dieron tan malos, que casi hubiera sido mejor caminar á pié las dos postas que restaban hasta Loulay, donde debia hacerme nueva remuda. Como la silla caminaba lentamente, tomé el partido de dormir, y lo mismo hizo el postillon en el pescante, sin cuidar de aguijar los caballos.

Á poco mas de média posta me despierto porque oigo que me llaman: veo otra silla de posta un poco mas adelante que la mia, mas no á la persona que desde ella me hablaba. Lonchamps, Lonchamps, me dice: piensa en cumplir mis órdenes con la mayor escrupulosidad, y serás feliz. — ¿Quién sois? — Tu amigo, tu bienhechor, el que nunca te abandonará. — ¡Cómo! vos sois el que...! — Sí, yo soy; te seguiré á todas partes, dándote pruebas del interes que me han inspirado tus desgracias y las de tu madre. — Permitid que os vea. — Aun no es tiempo: ve á Burdeos, que allí estaré; harás cuanto te diga, y veremos: ten paciencia, que con el tiempo lo alcanzarás todo.

Dicho esto, el postillon de mi incógnito arreó sus caballos, y la silla desapareció con velocidad. En vano prometí al mio regalarle cuando quisiera; los pobres caballos estaban tan débiles, que fué imposible hacerlos correr. Vi pues partir á mi hombre sin poder seguirle; no puedo expresar el disgusto que me causó este contratiempo; sin embargo, me consolé imaginando que el incógnito mudaria caballos, como yo, en la primera posta; allí gratificaria yo profusamente al nuevo postillon para que pusiese en mi silla los mas fuertes y veloces, y poder por este medio alcanzar á mi invisible ántes de llegar á Burdeos.

Llegué á Loulay, y pregunté si habia pasado un anciano: dijeron que sí, y que hacia mas de média hora: tomé excelentes caballos, y corrí hasta San Juan de Angely, donde supe que aun

me precedia el mismo sugeto: no desmayé, y llegué á San Hilario de Villafranca, de allí á Saintes, á Lafard, Pons y otros lugares, sin poder alcanzar á mi hombre. Picóme esto en gran manera; pues habiendo volado mi silla, ni aun pude ver la que bai delante. No importa, dije, puede ser que le alcance ántes de llegar á Burdeos, llevando siempre el mismo paso: dióme nuevas fuerzas esta esperanza, que quedó destruida en la posta de Damet, á nueve leguas de Burdeos. Allí supe que no habia llegado anciano alguno, ni persona de suposicion. Pues ¿qué se ha hecho? dije: ¿habrá tomado otro camino? ¿pero cuál? ¡Si lo supiese!... En fin, he perdido sus huellas; habrá presumido que le seguiria á todo correr: no hay arbitrio: continuemos hasta Burdeos, y veremos allí qué aspecto toma el asunto.

Á cosa de las dos del dia siguiente llegué á Burdeos: no quise alojarme en posada muy concurrida, para que mi hombre tuviese mas trabajo en descubrirme, y sus diligencias tal vez pudieran manifestarle: me apeé en una casa pequeña, situada en una calle muy larga, y muy separada del centro de la ciudad: á mas de esto, resolví no salir en algunos dias, para no darme á conocer, y hacer mas dificiles las investigaciones de mi Árgos. Pero parecia que algun espíritu maléfico participaba á este hombre hasta la mas mínima de mis acciones. Hacia cuatro dias que estaba en Burdeos; ya me reía interiormente de haberme sustraído á toda pesquisa, cuando mi huésped, hallándome solo, me dijo: Cuatro dias há que estoy preguntando á cuantos hay en casa, y hasta ahora no habia pensado en informarme de vos: decidme, ¿sois quién ha encontrado en el camino de San Juan de Angely á un viajero que...? — Sí, sí, yo soy; adelante. — Mirad lo que asegurarais, porque me han encargado el secreto. — Vuelvo á deciros que yo soy... — ¿El que llevaba tan malos caballos? — Sí, sí, y mil veces sí; proseguid, por Dios. — Me alegro de saberlo: ¡lo deseaba tanto! pero ahora ya es muy tarde para... — Por favor, señora, vamos al asunto. — Vamos en buena hora: el dia, pues, que llegasteis aquí, se me presentó un hombre respetable, el cual me dijo así: En vuestra casa tenéis un hombre á quien he hallado en tal paraje: os ruego le digáis que le espero á la noche en el café del Águila, y que no deje de venir. — ¿Os ha dicho su nombre? — No me ha ocurrido el preguntárselo. — Pues esto es lo mismo que si no hubiera venido; pero si vuelve, procurad entretenerle, y con todo sigilo enviadme á buscar con algun cria-

do. Fué la huésped, y yo quedé envuelto en nuevas confusiones. ¿Cómo me ha descubierto desde el primer día este hombre? es preciso que tenga algun espía que me sigue continuamente: ¡me esperaba en un café, y no lo he sabido! pues yo iré todos los días á ese café, y observaré á todos, y si alguno me habla, procuraré reconocer la voz; bien presente la tengo, porque me hizo mucha impresion.

Al momento me fuí al café indicado, registré las fisonomías de todos los concurrentes, dirigí algunas preguntas vagas á los que me inspiraban sospechas, y me contestaron bajo el mismo tono; pero no reconocí la voz que deseaba: sin duda que aun no habia llegado el incógnito: pasé allí toto el día, y volví á mi posada sin haber adelantado cosa alguna. Los dos días siguientes hice lo mismo, y todo fué inútil: en fin, al día inmediato encontré tanta gente en el café, que no pude penetrar hasta el interior; advertí sin embargo que el ama del café me miraba con mucha atencion: me acerqué á ella, y me dijo: ¿Esperáis á algun caballero? — Sí, señora. — ¿Tendrá como unos sesenta años? — Sí, señora. — Él tambien os esperaba. — ¿Y qué? — Ciertamente estabais ciego: ha pasado junto á vos: ¿no le habéis visto? pues tropezasteis con él. — ¿Cómo? — Justamente salia cuando vos entrabais: tres días ha estado sin venir; pero esta misma mañna me ha dicho que esperaba á un sugeto, y siu duda sois vos. — ¿De qué lo inferís? — De algunas señas que me dió. Entiendo bastante de fisonomías: ¡la costumbre de ver tanta gente! Apostaria que el tal hombre es vuestro padre. — ¿Mi padre? — Ó tio vuestro. — ¿Por qué? — ¡Porque os parecéis tanto! todas las facciones son idénticas: es imposible ver dos figuras tan parecidas, sin mediar un estrecho parentesco. — ¿Y no os ha dicho?... — Nada: no sé ni su estado, ni su nombre, ni el vuestro; solo sé que esperaba aquí á un sugeto.

¡Qué rayo de luz para mí! El hombre invisible tiene facciones parecidas á las mias: ¿tendrá algun parentesco conmigo?... ¿seré yo fruto de un amor ilegítimo? El anciano que espiró entre mis brazos, tal vez podia ser un mero encubridor... no lo puedo creer... pero este incógnito ¡es tan parecido á mí! me ha dado el retrato de mi madre, y sabe sus desgracias... ¿Será mi padre? En efecto, solo un padre es capaz de seguirme, velar sobre mí, y llenarme de beneficios con tanta constancia: y ¿por qué se oculta? tendrá sin duda algunas poderosas razones para no descubrirse todavía. Pero mi huésped de Paris, y mis amigos de Chár-

tres que le han visto, ¿cómo no me han dicho nada acerca de tan particular semejanza que ha maravillado al alma del café?

Continué en ir al café todos los días despues de este acacimiento, pero mi hombre no pareció; por lo que dejé esta costumbre, y volví á permanecer en mi habitacion; y así como él, al parecer, se complacia en atormentarme, yo tambien me complacia en hacer todo lo posible para desbaratar sus proyectos; y para lograrlo mejor, en el espacio de tres meses tomé tres diferentes habitaciones: con todo cuidado las elegí en barrios muy distantes entre sí y no volví á hablar de mi incógnito. Resolvi tambien salir de esta ciudad, trasladarme á Bayona, de allí á Tárbes, y correr un poco el país: veremos, dije, si mi sombra me sigue allí tambien.

Salí pues en posta: nada de particular me sucedió hasta Castels, donde se mudan caballos; allí encontré unos trabajadores, que con la mayor diligencia se ocupaban en componer una silla de posta que se habia roto. Aunque ya hacia dos meses que me dejaba en paz mi invisible, no sé qué presentimiento me anunciaba que podria ser suya aquella silla: por tanto, y á pretexto de interesarme en aquel caso, pregunté con disimulo cuántos eran los viajeros que iban en ella. Respondiéronme que solo uno. — ¿Anciano? — Como de sesenta años. — ¿Parecido á mí? — Sí por cierto; y tanto, que á ser ambos de igual edad, costaria dudas el distinguiros. — ¿Dónde está, dónde está? — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco? es mi mayor amigo. — Pues le hallaréis en aquel gran jardin, que está de venta con la hermosa casa que veis. Se lo hemos dicho á ese sugeto, y ha ido á examinarla miéntras componemos su silla, ¡Oh! pues esta vez, dije corriendo al sitio indicado, no se me ha de escapar; y bien sea en la casa ó en el jardin, por fuerza he de hallarle.

Corrí cuanto podia; me hice abrir la puerta de la casa; pregunté si habia entrado en ella un viajero; me dicen que está en el laberinto del jardin, y vuelo hácia él... ¿Creéis, hijos míos, que ya habia llegado al término de mis cuidados? nada de eso: de nuevo van á acrecentarse: escuchad este suceso, que sin duda os parecerá muy curioso. El laberinto que habia en este inmenso jardin era ciertamente intrincado: tanto me interné en él, que al fin me perdí. Despues de haberle recorrido en vano, quise salir, persuadido de que mi hombre ya no estaba en él; pero me fué imposible dar con la salida. Sudaba de tanto andar, y cuanto mas corria mas me enredaba en esta admirable obra. Me habian dado

un guía, pero yo, con el deseo de que no se me escapase mi invisible, me adelanté y extravié : ¿ qué haré ? Si llamo á mi bienhechor, sabrá que estoy aquí, y sin duda procurará ocultarse.

Estaba sumergido en la mayor confusion, cuando muy cerca de mí, sin poder alcanzarle, oigo cantar, y reconozco la voz del hombre que me habia hablado en el camino de San Juan de Angely : pongo atencion, y se explicaba de este modo :

Inocente y desgraciada  
prenda del mas tierno amor,  
víctima desde la cuna  
de una atroz persecucion ;  
¿ Por qué en mis brazos amantes  
no puedo estrecharte yo ?  
¿ por qué con nombre supuesto,  
siendo ilustre el que te dió  
Naturaleza al nacer,  
á vagar te condenó  
quien te ama mas que á si propio  
cual siempre lo demostró ?

Tu vida inocente y pura  
la de tu madre costó,  
que la parca no perdona  
la belleza ni el dolor.

Rico nacistes y tienes  
parientes nobles, que son  
tus mas crueles enemigos  
por insana obcecacion.

Pero tienes quien defienda  
tu vida, bienes y honor ;  
quien solo para salvarte  
exige tu submission.

Sufre paciente y confía  
resignado y con valor,  
y en dicha verás trocarse  
tu precaria situacion.

Este romance excitó mi sensibilidad porque me tocaba muy de cerca ; yo era sin duda su objeto, y por consiguiente quien al nacer habia causado la muerte de mi madre. Aquel hombre sabia todas las desgracias de mi familia, y me las dejaba ignorar. Así que acabó el romance, me aventuré á dirigirle estas palabras :

Hombre sensible, por compasion permite que te vea ; deja que me precipite en tus brazos.... pero ¡ ah ! te burlas de mi dolor, y este me conducirá al sepulcro. Déjame darte el dulce nombre de padre, pues tanto te interesas por mí.

Me puse á escuchar si me respondian, y á mis voces sucedió un absoluto silencio ; entónces desbaraté los enlazados arbustos que formaban las calles, salté, corrí, examiné, busqué, pero á nadie hallé : mi impaciencia crecia con el tiempo que malograba, y viendo que el invisible podia huir de mí miéntras me ocupaba en buscar salida, se angustió mi corazon. Al fin, agobiado de cansancio, el guía, que habia perdido, me halló en tan intrincado seno y me condujo á la casa ; pregunté qué se habia hecho el viajero que buscaba, y me respondieron que se habia ido : corrí á la posta á ver si allí le encontraba, y tampoco estaba ya. Así acabó mi esperanza, y se renovaron mis disgustos.

¿ Qué mas os diré, amigos míos ? Hace diez años viajo de este modo ; diez años há que este hombre me sigue por todos los pueblos de Francia, de la que no quiere que salga, sin que jamas le haya visto. Nunca he podido adivinar el motivo de su extraordinaria conducta. No me deja carecer de cosa alguna : me llena de dinero y regalos ; vela sobre mis mas leves acciones ; en sus cartas me habla muchas veces de mi madre, de mi nacimiento, y de los secretos que sabré algun dia. Aquí mismo, ántes de ayer, recibí carta suya, en la que me dice que vaya á Paris, que allí me verá, y tendrá fin la vida errante que llevo : esto me promete, y esta esperanza sostiene mi ánimo ; porque en verdad, hijos míos, ¿ puede haber vida mas extraordinaria que la mia ? parece una novela : se hace increíble, y es ciertísima. Habéis deseado saber mis aventuras, y os he dicho todo cuando sé de mí mismo. Mañana me ausento, segun creo, para ser feliz. Yo volveré, amigos, cuando se haya declarado mi suerte, á contaros cuanto sepa de nuevo. Os explicaré todo este enigma, cuando mi paciencia alcance el premio prometido, y vuestra curiosidad quedará satisfecha.

Así terminó su historia Mr. de Lonchamps ; y los niños, que apenas podian recobrase de la admiracion que les habia causado, le manifestaron el deseo que tenian de verle feliz, y le suplicaron que no dejase de volver á participarles cuanto le ocurriera : lo mismo le rogó Palemon ; y esta tarde se acabó reflexionando sobre los caprichos de la suerte, y la variedad de los destinos de los hombres.